

Tienen razones muy buenas para todo lo que hacen. Para los no iniciados, algunos de sus trucos y métodos pueden parecer peculiares, pero viajar en cohete a través del cosmos no es como remar en una bañera en medio del estanque de una granja, ¿no, señor!

Por ejemplo, la idea de usar tripulaciones mixtas es bastante sensata cuando se mira bien. En las travesías a Marte, a los Asteroides, o más allá; tienen terrestres blancos a cargo de los motores porque son los que perfeccionaron las unidades de propulsión modernas, son los que más saben de ellas y pueden cuidarlas como nadie. Todos los médicos de las naves son terrestres negros porque por alguna razón que nadie puede explicar, ningún negro siente efectos secundarios por la gravedad ni náusea espacial. Todos los grupos de reparación están formados por marcianos, que necesitan muy poco aire, trabajan el metal perfectamente y son bastante inmunes a las quemaduras de los rayos cósmicos.

En cuanto a los viajes hacia Venus, los mezclan de manera similar, excepto que el piloto de emergencia es siempre un tipo grandote como Jay Score. Hay un buen motivo para ello: él fue el que lo proporcionó. Nunca lo olvidaré. ¡Vaya carácter!

El destino me puso en su camino la primera vez que apareció. Nuestra nave era el Ciudad de Upskadaska, un flamante carguero acomodado para transporte de pasajeros, registrado en el espaciopuerto de Venus, de donde tomaba su nombre. No hace falta decir que entre los endurecidos hombres del espacio se la conocía como Upsydaisy.

Nos encontrábamos en la base de cohetes de Colorado, al norte de Denver, con una buena carga compuesta principalmente de maquinaria, equipo agrícola, conductores aeronáuticos y herramientas para Upskadaska, así como una caja de agujas de radio para el Instituto de Investigación del cáncer de Venus. Había ocho pasajeros, todos agricultores emigrados que planeaban establecerse tres millones de millas más cerca del Sol. Habíamos colocado la nave en la rampa y estábamos esperando a oír la sirena, que debería sonar dentro de cuarenta minutos, cuando llegó Jay Score.

Medía más de dos metros y pesaba al menos ciento cincuenta kilos, aunque se movía con la gracia de un bailarín. Ver a un tipo tan grande moverse de esa manera es algo que merece la pena observar. Se acercó al portalón de duraluminio con la tranquilidad propia de un pasajero que va a tomar el autobús a Jackson's Creek. De su enorme puño derecho colgaba una maleta de cuero que era lo suficientemente grande para contener su cama y tal vez un guardarropa o dos.

Cuando llegó a lo alto, se detuvo mientras echaba un vistazo a las espadas cruzadas de mi gorra.

—Buenos días, sargento —dijo—. Soy el nuevo piloto de emergencia. Tengo que presentarme ante el capitán McNulty.

Sabía que estábamos esperando otro piloto ahora que Jew Durkin había sido ascendido a la nueva nave marciana Prometeo. Así que éste era su sucesor. Era terrestre, claro está, pero ni blanco ni negro. Su cara inexpresiva, pero seria, parecía cubierta de viejo cuero curtido. Sus ojos albergaban fuegos que parecían fosforescentes. Tenía un aspecto que la convertía en el individuo más excepcional que había visto nunca.

—Bienvenido, Pequeño —contesté, lastimándome el cuello mientras alzaba la vista para mirarlo. No le ofrecía la mano porque quería usarla más tarde—. Abre tu maleta y déjala en la cámara esterilizadora. Encontrarás al patrón en la proa.

—Gracias —respondió sin la menor sonrisa.

Entró en la compuerta llevando el maletón de cuero con él.

—Despegamos dentro de cuarenta minutos —advertí.

No volví a saber más de Jay Score hasta que estuvimos a doscientos mil kilómetros de distancia y la Tierra era como una luna verdosa al extremo de nuestra cola. Entonces oí a alguien en el pasillo que preguntaba dónde podía encontrar al sargento de armas. Le llevaron a mi puerta.

—Sargento —dijo, entregando sus credenciales—. He venido a recoger el equipo.

Entonces se apoyó en el pasamanos; todo el material crujió y la parte superior del tubo se curvó por la mitad.

—¡Eh! —grité.

—¡Lo siento! —respondió.

Se soltó. La barra se enderezó cuando él dejó de apoyarse en ella.

Sellando su petición, entré en la armería, saqué su eyector de rayos aguja y una caja de cápsulas. El traje venusino más grande que pude encontrar le estaba unas once tallas demasiado pequeño, pero tendría que contentarse con eso. Le di una lata de aceite multiusos, una jarra de grafito, una batería Lepanto para su radiófono de microondas y, por fin, un puñado de semillas marcadas: «Recuerdos de la Corporación

Planetaria de Hierbas Aromáticas».

—Puede quedárselo —me dijo, devolviéndome las semillas—. Me dan náuseas.

Metió el resto del material en su mochila sin ni siquiera alzar una ceja. Hacía mucho tiempo que no veía una cara de póker semejante.

La manera en que miró los trajes me pareció también extrañamente pensativa. Había treinta trajes bifurcados para los terrestres, todos colgando de la pared como si fueran pieles tendidas. También había seis cascos de cabeza-y-hombro para los marcianos, ya que no necesitaban más que un kilo y medio de aire. No había traje para él. No podría haberle equipado con uno aunque mi vida hubiera dependido de ello. Habría sido como intentar meter un elefante en una lata.

Bueno, se marchó suavemente, si entienden lo que quiero decir. La forma casual con la que transportaba su tonelada de equipo me hizo pensar que me gustaría estar en algún otro lugar si alguna vez se enfadaba. No es que pensara que se fuese a excitar fácilmente; en el fondo era bastante amistoso, aunque pareciera una esfinge. Pero seguía sintiéndome fascinado por su aire de tranquila seguridad y por la forma que tenía de moverse, rápida, silenciosa y extraña. Tal vez esto último fuera debido a que llevaba una pulgada de goma bajo sus grandes botas.

Me dediqué a observar con interés a Jay Score mientras la Upsydaisy hacía un buen promedio en su camino a través del vacío. Sí, sentía curiosidad hacia él porque su aspecto era nuevo para mí a pesar de que había conocido a mucha gente en mi época. Él seguía poco comunicativo, pero cordial. Su trabajo era suavemente eficiente y completamente satisfactorio. McNulty le tomó en gran estima, aunque no era de los que reciben a los recién llegados con abrazos y besos.

Tres días después, Jay impresionó enormemente a los marcianos. Como todo el mundo sabe, esos seres con tentáculos y de ojos saltones, que apenas respiran, se han mantenido aferrados al título de campeones de ajedrez del sistema solar durante más de dos siglos. Nadie que no sea de Marte es capaz de vencerlos. Están locos por el juego y muchas veces los he visto atravesar todos los colores del espectro completamente excitados cuando por fin alguien había movido un peón después de treinta minutos de profunda reflexión.

Durante uno de los descansos, Jay pasó sus ocho horas enteras bajo tres libras de presión en la cámara de la nave. A través de los micrófonos se oían largos silencios puntuados por salvajes y chirriantes temblores, como si él y los marcianos estuvieran convirtiendo la cámara en un manicomio. Al final, encontramos a nuestra tripulación tentacular exhausta. Resulta que Jay había accedido a jugar con Kli Yang y le había obligado a aceptar tablas. Kli había ocupado la sexta plaza en el último campeonato y sólo le habían derrotado diez veces..., siempre por un hermano marciano, por

supuesto.

Los del planeta rojo no perdieron la oportunidad de confraternizar con él. Cada vez que había un período de descanso lo llevaban a la cámara. A los once días de viaje, jugó con seis de ellos simultáneamente, perdió dos juegos, hizo tablas en tres y ganó uno. Los marcianos pensaban que era un verdadero maestro... para ser un terrestre. Conociendo su peculiar habilidad al respecto, lo mismo pensé yo. Igual que McNulty. Llegó hasta el punto de anotar el suceso en el cuaderno de bitácora.

¿Recuerdan ustedes el suceso que la audioprensa del 2270 ha bautizado como el «Movimiento milagroso de McNulty»? Es prácticamente una leyenda del espacio. Después, cuando regresamos a casa sanos y salvos, McNulty rechazó las aclamaciones y dio todo el crédito a quien en verdad le correspondía. La audioprensa tuvo una buena excusa, como de costumbre. Dijeron que él era el capitán, ¿no? Y su nombre siempre aparecía en los titulares, ¿no es cierto? Parece que siempre tiene que haber un sector de audioperiodistas que tienen que ser reiterativos para ganar la salvación.

Lo que precipitó aquella loca acción y blanqueó mi pelo fue un trozo de escoria cósmica. El objeto tenía la forma de un pedazo de moneda que corría a la velocidad característica de pssst. Tenía una órbita planetaria y se aproximó en ángulo recto a nuestro rumbo solar.

Nos dio trabajo. Nunca hubiese creído que una cosa tan pequeña pudiera hacer tanto daño. Todavía hoy puedo oír el terrible silbido del aire mientras buscaba locamente la libertad a través de aquel diminuto agujero.

Perdimos un montón de aire antes de que las autopuertas sellaran la sección dañada. La presión casi había bajado cinco kilos cuando los compensadores la mantuvieron y empezaron a subirla lentamente. La bajada de presión no preocupó a los marcianos; para ellos, cinco kilos era como inhalar perfume.

Había un ingeniero en la sección sellada. Otro escapó por un pelo de las puertas que se cerraban. Pero pensábamos que el primero tenía contados sus segundos de vida y que saldría flotando al exterior como tantos otros hombres del espacio en el cumplimiento de su deber.

El tipo que había conseguido escapar estaba apoyado contra un bastión, todavía con el rostro pálido, impresionado por lo cerca que había estado de la muerte. Jay Score se le acercó. Su mandíbula estaba tensa, sus ojos eran como lámparas, pero su voz sonó fría y tranquila.

—Salgan —dijo—. Sellen esta habitación. Intentaré hacer una escotilla. Ábranla y déjenme salir rápidamente cuando llame.

Con esto, nos hizo salir de la sala, que sellamos cerrando su autopuerta. No pudimos ver lo que aquel grandullón estaba haciendo, pero el indicador mostraba que había liberado y abierto la puerta que daba a la sección dañada. Un par de segundos más tarde la luz se apagó, mostrando que la puerta había vuelto a cerrarse. Entonces oímos un golpe urgente. Abrimos. Jay atravesó la compuerta llevando en brazos el cuerpo inerte del ingeniero. Lo transportaba como si no fuera más grande ni más pesado que un gatito y por la manera en que lo llevó pasillo abajo parecía que estaba dispuesto a acarrearlo hasta el otro extremo de la nave.

Mientras tanto, descubrimos que estábamos en un lío de primera clase. Los cohetes ya no funcionaban. Los propulsores estaban en perfecto estado y las cámaras de combustión no habían sufrido daños. Los inyectores funcionaban sin problemas..., suponiendo que pudiéramos bombearlos a mano. No habíamos perdido nada de nuestro precioso combustible y el casco estaba intacto a excepción de aquel agujero. Lo que nos inutilizaba era la rotura de nuestro sistema de guía de coordenadas y los controles. Éstos se encontraban en el lugar que había atravesado el proyectil y ahora no servían para nada.

El asunto era más que serio. La opinión general era que nos esperaba una muerte segura, aunque nadie lo decía tan abiertamente. Estoy bastante seguro de que McNulty compartía aquella morbosa idea aunque en su informe oficial lo desestimaba como «un contratiempo embarazoso». Así era McNulty. Es un milagro que no definiera nuestros sentimientos diciendo que estábamos perplejos.

De todas formas, el equipo marciano salió al exterior y tuvieron que trabajar en serio por primera vez en seis viajes. La presión había bajado a siete kilos y para soportarla tuvieron que usar sus trajes especiales.

Kli Yang arrugó la nariz, ofendido, agitó un tentáculo disgustado y trino:

—¡Podría nadar!

Se calmó cuando conseguimos fijar la presión a su kilo y medio de costumbre. Eso es lo que los marcianos entienden por sarcasmo: cada vez que la atmósfera es más densa de lo que les gusta, hacen observaciones maliciosas y dicen «¡podría nadar!».

Hay que reconocer que eran buenos. Un marciano puede adherirse al hielo pulido y trabajar continuamente durante doce horas con una ración de oxígeno que no podría satisfacer a un terrícola más de noventa minutos. Los vi atravesar las escotillas, con los ojos girando a través de las peceras invertidas de sus cascos, sus tentáculos agarrando los cables de energía, sellando placas y soldadores. Las luces azules iluminaban las portillas exteriores cuando empezaron a cortar, dar forma y sellar aquel desgarrón.

Mientras tanto, continuábamos cayendo hacia el Sol. Si no hubiera sido por esta maldita desgracia, tendríamos que haber cogido una curva para entrar en la órbita de Venus dentro de cuatro horas. Entonces sólo teníamos que dejar que el planeta nos atrajera mientras decelerábamos para aterrizar sin contratiempos.

Pero cuando el diminuto planeta nos salió al paso estábamos aun dirigiéndonos al mayor y más brillante horno que existe. Así, continuamos nuestra marcha. Nuestra velocidad original aumentaba por la fuerza de atracción de nuestro fiero destino.

Quería ser incinerado..., ¡pero a su debido tiempo!

En el puente de mando, en la proa, Jay Score permanecía reunido constantemente con el capitán McNulty y los dos operadores del astrocomputador. Fuera, los marcianos continuaban deambulando, soldando y reparando con sus destellos de luz azul espectral. Los ingenieros, por supuesto, no estaban esperando que acabaran su trabajo. Cuatro de ellos, ataviados con trajes espaciales, entraron en la sección dañada y empezaron a poner orden en el caos.

Envidiaba a aquellos tipos que tenían algo que hacer, y lo mismo pensaban muchos otros. Es un gran consuelo poder hacer algo aunque sea en una situación aparentemente desesperanzada. Es terriblemente deprimente no tener otra cosa que hacer sino jugar con tus dedos mientras los otros están activos.

Dos marcianos entraron a través de la escotilla, cogieron más placas y salieron de nuevo. Uno de ellos pensó que sería una buena idea llevar consigo su tablero de ajedrez de bolsillo, pero no se lo permití. Hay un lugar y un tiempo para cada cosa, y mover caballo cuatro rey en el exterior de una nave a la deriva no era lo más adecuado. Luego fui a ver a Sam Hignett, nuestro cirujano negro.

Sam había conseguido rescatar al ingeniero de la tumba. Lo había hecho con oxígeno, adrenalina y masajes cardíacos. Sólo sus dedos largos y experimentados podían haberlo conseguido. Era algo que se había hecho antes, pero no a menudo.

Parecía que Sam no sabía lo que había sucedido y tampoco le importaba mucho. Era así siempre que tenía un paciente a su cargo. Cerró con destreza la incisión en el pecho con grapas de plata, pintó la carne suturada con plástico ionizado y enfrió el material para que se endureciera inmediatamente con un spray de éter.

—Sam —le dije—. Eres un fenómeno.

—Jay me lo ha puesto fácil —dijo él—. Lo ha traído a tiempo.

—¿Por qué le echas la culpa? —bromeé, sin ninguna gracia.

—Sargento —respondió él, muy serio—. Soy el médico de esta nave. Lo hago lo mejor que puedo. No podría haber salvado a este hombre si Jay no lo hubiera traído cuando lo hizo.

—De acuerdo, de acuerdo. Como tú digas.

Un buen tipo, ese Sam. Pero era igual que todos los médicos..., ya saben, ético. Le dejé con su paciente, que respiraba débilmente.

Me encontré con McNulty en el pasillo cuando regresaba. Estaba comprobando los tanques de combustible. Lo hacía personalmente, y eso significaba algo. Parecía preocupado, y eso significaba muchísimo. Significaba que no tenía que molestarme en ir escribiendo mi testamento porque nunca lo leería ningún ser vivo.

Su forma corpulenta desapareció en la sala de mando y le oí decir:

—Jay, supongo que podrías...

Entonces la puerta al cerrarse apagó su voz.

Parecía tener mucha fe en Jay Score. Bueno, el tipo parecía bastante competente. El patrón y el nuevo piloto de emergencia continuaban actuando como colegas incluso mientras nos dirigíamos al estallido final.

Uno de los agricultores emigrados salió de su camarote y me vio antes de que llegara a la armería.

—Sargento —preguntó, estudiándome con los ojos muy abiertos—, veo una media luna a través de mi escotilla.

Continuó mirándome mientras yo le miraba a mi vez. Venus mostrando su media luna significaba que ahora estábamos cruzando su órbita. Él lo sabía también..., lo noté por la manera que movía los ojos.

—Bien —insistió, con enfermizo nerviosismo—, ¿cuánto tiempo nos va a retrasar este contratiempo?

—No lo sé —me rasqué la cabeza, intentando parecer confiado y estúpido al mismo tiempo—. El capitán McNulty hará todo lo que esté en su mano. Confíe en él. Papá sabe lo que hace.

—¿Cree que estamos... esto... en peligro?

—Oh. No, en absoluto.

—Es usted un mentiroso —dijo.

—Lamento tener que admitirlo.

Eso le desarmó. Regresó a su camarote, insatisfecho, asustado. En poco tiempo vería a Venus en fase de tres cuartos y se lo diría a los otros. Entonces la carne estaría en el asador.

Nuestra carne en el asador solar.

Los últimos vestigios de esperanza se habían desvanecido justo en el momento en que un terrible rugido y un temblor violento anunciaron que los cohetes largo tiempo muertos habían vuelto a entrar en acción. El ruido no duró más que unos segundos. Se apagaron rápidamente. El breve estallido sirvió para mostrar que las reparaciones eran efectivas y satisfactorias.

El ruido hizo que el agricultor acudiera corriendo a galope tendido. Ahora ya sabía lo peor, igual que los otros. Había sido imposible ocultar la verdad en los tres días que habían pasado desde que vimos a Venus en media luna. El planeta había quedado muy por detrás de nosotros ahora. Estábamos cortando la órbita de Mercurio. Pero los pasajeros aún se aferraban desesperadamente a la idea de que alguien haría un milagro.

Entró rápidamente en la armería y gimió:

—Los cohetes están otra vez funcionando. ¿Eso significa...?

—Nada —contesté.

No tenía sentido hacerles concebir falsas esperanzas.

—Pero ¿no podemos dar la vuelta y regresar?

Se secó el sudor que le caía por las cejas. Tal vez fuera debido en parte al miedo, pero sobre todo se debía al desagradable hecho de que las condiciones interiores se habían convertido en cualquier cosa menos árticas.

—Señor —dije, sintiendo que la camisa se me pegaba a la espalda—, tenemos más impulso del que ningún otro astronauta ha disfrutado antes. Y nos movemos tan rápidamente que no tenemos otra cosa que hacer sino cruzarnos de brazos.

—Mi rancho —gruñó, amargamente—. Me han concedido cinco mil acres del mejor terreno venusino para plantar tabaco, por no mencionar una opción para criar ganado.

—Lo siento, pero creo que tendrá mucha suerte si alguna vez llega a verlo.

¡Crrrump!, hicieron otra vez los cohetes. El estallido me hizo retroceder y él se dobló hacia adelante como si tuviera dolor de estómago. En la proa, McNulty, Jay Score o algún otro los estaba conectando y desconectando cada vez que se le antojaba. No pude encontrarle sentido a aquello.

—¿Para qué es eso? —preguntó el pasajero, recuperando la postura horizontal.

—A mí que me registren.

Frunciendo el ceño con disgusto, regresó a su camarote. Un típico emigrante terrestre, grande, sano y duro, era lento para reaccionar y demasiado ingenuo para estar realmente preocupado de una manera verdaderamente estremecedora.

Media hora después sonó la llamada general por los altavoces de toda la nave. Era una señal de Tierra, nunca utilizada en el espacio. Significaba que toda la tripulación y todos los otros ocupantes de la nave tenían que reunirse en la cámara central. ¡Imaginen a tipos llamados a sus puestos en pleno vuelo!

Tenía que haber algo único en la historia de la navegación espacial tras aquella llamada, probablemente un discurso de prepárense-para-lo-inevitable, a cargo de McNulty.

Como esperaba que el capitán presidiera los últimos ritos, no me sorprendí al encontrarle de pie sobre el pequeño estrado mientras nos reuníamos. Sus rasgos plúmbeos estaban levemente crispados, pero los cambió por una sonrisa cuando entraron los marcianos y uno de ellos hizo como que nadaba.

Erguido junto a McNulty, tan inexpresivo como de costumbre, Jay Score miró a ese marciano nadador como si fuera un cuenco de cristal. Entonces sus ojos, extrañamente encendidos, miraron hacia otra parte, como si no hubieran visto nada más absurdo. El chiste de la natación, de todas formas, se estaba haciendo pesado.

—Hombres y vedras —empezó a decir McNulty; esto último era la palabra marciana para «adultos» y, por implicación, otro ejemplo del sarcasmo marciano—. No es necesario que me extienda sobre lo embarazoso de nuestra posición —aquel tipo sabía elegir las palabras... ¡embarazoso!—. Ya estamos más cerca del Sol de lo que lo ha estado ninguna otra nave en la historia de la navegación cósmica.

—Navegación cómica —murmuró Kli Yang, sin ningún tacto.

—Necesitaremos tu sentido del humor para entretenernos más tarde —observó Jay

Score con una voz tan tensa que Kli Yang se dio por vencido.

—Nos dirigimos hacia el Sol —continuó McNulty, frunciendo nuevamente el ceño—, más rápido de lo que se ha movido ninguna nave con anterioridad. No hay más que una oportunidad entre diez mil de salir de ésta con vida —dirigió a Kli Yang una sonrisa desafiante, pero esta vez el individuo con tentáculos permaneció en silencio—. Sin embargo, existe esa oportunidad, y vamos a intentarlo.

Le miramos con la boca abierta, preguntándonos qué demonios quería decir. Todos sabíamos que nuestra terrible velocidad hacía imposible describir una vuelta en U y regresar sin tocar el Sol. Tampoco podíamos dar media vuelta en dirección contraria con todo aquel impulso detrás. No había nada que hacer sino seguir hacia adelante, hacia adelante, hasta que el estallido final esparciera por el cosmos nuestras moléculas destrozadas.

—Lo que intentamos hacer es una cometaria —continuó diciendo McNulty—. Jay, los astrocomputadores y yo pensamos que hay una remota posibilidad de que podamos conseguirlo y escapar con vida.

Aquello estaba bastante claro. La acción era algo puramente teórico que se debatía a menudo entre los matemáticos y los astronavegantes, pero que nunca se había intentado en la cruda realidad. La idea era acumular toda la velocidad posible y, al mismo tiempo, entrar en el ángulo de una órbita elíptica similar a la de un cometa. En teoría, la nave podría pasar cerca del Sol tan rápidamente que oscilaría como un péndulo al otro lado de la órbita cuando saliera. Un buen truco..., pero ¿podríamos conseguirlo?

—Los cálculos muestran que nuestra situación actual es lo suficientemente óptima como para permitir una buena probabilidad de éxito —dijo McNulty—. Tenemos energía y combustible suficientes para acumular la velocidad necesaria con la ayuda de la atracción del Sol, para entrar en el ángulo adecuado y mantenerlo el tiempo necesario. Lo único que nos plantea serias dudas es si podremos sobrevivir tan cerca del Sol —se secó el sudor, enfatizando inconscientemente lo que nos esperaba—. No voy a ser parco en palabras, señores. ¡Va a resultar un verdadero infierno!

—¡Lo conseguiremos, patrón! —dijo alguien.

Un bajo murmullo de apoyo atravesó la cabina.

Kli Yang se puso en pie, alzó simultáneamente cuatro brazos sin articulaciones para llamar la atención, y trino:

—Es una idea. Es excelente. Yo, Kli Yang, la apoyo en nombre de mis amigos vedras. Nos meteremos en el refrigerador y sufriremos la peste terrícola mientras pasamos

junto al Sol.

Ignorando el chiste sobre el olor humano, McNulty asintió.

—Todos entraremos en la cámara refrigeradora y lo soportaremos lo mejor que podamos.

—Exactamente —dijo Kli—. ¡Eso es! —añadió, con un ligero aire de superfluo descuido. Agitando una punta tentacular ante McNulty, continuó—: Pero no podemos controlar la nave mientras permanecemos en la nevera como tres docenas y media de helados de fresa. Tendrá que haber un piloto en la proa. Un individuo tendrá que guiar la nave... hasta que se enfríe. Así que alguien tendrá que ser la salchicha.

Hizo otro movimiento sinuoso con el tentáculo, convencido de que estaba fascinando a sus oyentes y requiriendo su completa atención.

—Y ya que no puede negarse que nosotros los marcianos somos menos susceptibles a los calores extremos, sugiero que...

—¡Tonterías! —exclamó McNulty.

Su rudeza no engañó a nadie. Los marcianos eran molestos, pero grandes tipos.

—De acuerdo. —El trino de Kli se convirtió en un agudo chirrido de protesta—. ¿Quién más está capacitado para convertirse en un churrasco?

—Yo —dijo Jay Score.

Fue extraña la manera en que lo dijo. Como si fuera el candidato tan obvio que sólo los ciegos no pudieran verlo.

¡Tenía razón, claro! Jay, el hombre adecuado para aquel trabajo. Si alguien era capaz de soportar lo que iba a atravesar las portillas de observación ése era Jay Score. Era grande y duro, construido para tareas como ésta. Contenía un montón de material que ninguno de nosotros poseía, y, después de todo, era un piloto de emergencia cualificado. Y desde luego ésta era una emergencia, la mayor de todas.

Pero era curioso lo que sentía hacia él. Pude imaginármelo allí delante, completamente solo, sin nadie, nuestras vidas dependiendo de la cantidad de infierno que pudiera soportar, mientras el tremendo Sol extendía sus dedos abrasadores...

—¡Tú! —exclamó Kli Yang, rompiendo la cadena de mis pensamientos. Sus ojos saltones rebulleron llenos de ira ante la gran figura lacónica sobre el atrio—. ¡Tú! Estoy preparado para darte jaque en cuatro movimientos, y lo sabes perfectamente,

por eso planeas encerrarte.

—En seis movimientos —le corrigió Jay, sin darle importancia—. No puedes hacerlo en menos de seis.

—¡Cuatro! —aulló Kli Yang—. Y ahora precisamente tú...

Aquello era demasiado para McNulty. Parecía estar a punto de sufrir un colapso. Su cara púrpura se volvió hacia el semafórico Kli.

—¡Al infierno con vuestro maldito ajedrez! —rugió—. Vuelvan todos a sus puestos. Prepárense para el impulso máximo. Haré sonar la alarma general en cuanto sea necesario ponerse a cubierto y entonces todos irán a la sala de refrigeración.

Miró a su alrededor, el púrpura de su cara se desvanecía gradualmente mientras la presión de su sangre bajaba.

—Es decir, todos menos Jay.

Los cohetes tronaban como de costumbre a toda marcha, suave y firmemente. En el interior de la nave la atmósfera empezó a calentarse más y más hasta que la humedad comenzó a fluir continuamente por nuestras espaldas y el brillo de las paredes se tornó opaco. No sé cómo se estaría en el interior de la sala de navegación en la proa, ni quise descubrirlo. Los marcianos no se sentían demasiado mal todavía; por una vez, había que envidiar su extraña constitución.

No controlé el tiempo, pero tuve dos llamadas al deber con un período de descanso antes de que los altavoces dieran la alarma general. Para entonces, las cosas se habían vuelto feas. Ya no estaba sudando: me estaba derritiendo lentamente.

Sam, por supuesto, fue el terrestre que mejor lo soportó y aguantó lo suficiente hasta sacar a su paciente del peligro original. Aquel ingeniero tuvo suerte, si es suerte que lo salven a uno para después arrojarlo a una hoguera. Lo pusimos en la cámara frigorífica inmediatamente, con Sam atendiéndolo.

Los demás le seguimos cuando sonó la alarma. Nuestro santuario no era más que un simple refrigerador; era la sección más fuerte y más fría de la nave, un compartimento fuertemente reforzado y triplemente acorazado donde se encontraban los almacenes de instrumentos, dos instalaciones médicas y un largo salón para beneficio de los pasajeros que sufrieran náuseas. Nos alojó a todos confortablemente.

A todos menos a los marcianos. Les alojó, pero no confortablemente. Nunca se sienten cómodos con una presión de siete kilos, que consideran algo no sólo denso, sino también apestoso...; algo así como respirar maleza impregnada de esencia de cabra

vieja.

Ante nuestros propios ojos, Kli Yang sacó una botella de aroma de hooloo y se la tendió a su medio pariente Kli Morg. Éste nos miró con desdén y luego olió la botella con una ostentación que era claramente insultante. Pero nadie dijo nada.

Todos estaban presentes excepto McNulty y Jay Score. El capitán apareció dos horas más tarde. Las cosas tenían que haber sido duras allí fuera, pues su aspecto era terrible. Su cara cenicienta estaba arrugada y brillante, y sus mejillas, que una vez habían sido regordetas, estaban hundidas y llenas de llagas. Su uniforme, normalmente tenso y garboso, colgaba fofo. No había más que mirarlo para ver que había sufrido una buena sesión de tueste, casi más de lo que podía soportar.

Caminó tambaleándose, cruzó la sala, entró en la sección de primeros auxilios y se desnudó con movimientos lentos y dolorosos. Sam le untó con crema. Pudimos oír al atormentado patrón gruñir roncamente mientras Sam ponía todo su empeño en el trabajo.

El calor se cebaba ahora con nosotros vengativamente, inundaba las paredes, el suelo, el aire, y creaba una multitud de fieras sensaciones punzantes en todos los músculos de mi cuerpo. Varios ingenieros se quitaron las botas y chaquetones. Poco después los pasajeros los imitaron quitándose la mayor parte de su ropa exterior. Mi agricultor se quedó sentado tristemente, vestido con ropas tropicales, reflexionando con melancolía sobre lo que podría haber sido.

McNulty salió de la enfermería, se dejó caer en un catre y dijo:

—Si estamos bien dentro de cuatro horas, habremos soportado lo peor.

En ese momento los cohetes se pararon. Supimos de inmediato qué pasaba. Un tanque de combustible se había vaciado y un relé había fallado al reemplazarlo. Debía de haber habido un ingeniero dispuesto a conectar los conductos. Con el calor y la excitación, alguien lo había pasado por alto.

Apenas tuvimos tiempo de darnos cuenta del hecho cuando Kli Yang salió por la puerta. Estaba cerca de ella y se marchó cuando los demás aún estábamos intentando decidir qué hacer. Veinte segundos más tarde, los cohetes reiniciaron su firme rugido.

Una llamada sonó por el intercomunicador junto a mi oreja derecha. Conecté el micrófono y apenas si pude preguntar roncamente.

—¿Sí?

—¿Quién lo hizo?

Oí la voz de Jay llamando desde la proa.

—Kli Yang —le dije—. Aún está fuera.

—Probablemente ha ido a su cámara —supuso Jay—. Dile que le doy las gracias.

—¿Qué tal se está por ahí?

—Fatal. No es muy bueno... para la visión. —Un momento de silencio, después—. Supongo que puedo soportarlo... de alguna manera. Prepárense para la próxima vez... que llame.

—¿Por qué? —Medio gemí, medio jadeé.

—Voy a hacer rotar la nave. Intento... distribuir... el calor.

Un débil chasquido anunció que había cortado la comunicación. Dije a los otros que se ataran. Los marcianos no tuvieron que preocuparse por eso, porque disponían de las suficientes ventosas para agarrarse a un meteoro incandescente.

Kli regresó y demostró que la suposición de Jay había sido correcta; traía consigo las piezas de cabeza-y-hombro de su equipo. La carga era casi demasiado para lo que podía soportar, ahora que la temperatura había subido a un punto en el que incluso él había empezado a jadear.

Los marcianos cogieron alegremente sus instrumentos, sellaron los trajes y los redujeron a la presión de un kilo y medio. Esto los hizo sentirse considerablemente más felices. Recordando que los terrestres usamos trajes espaciales para conservar aire en el interior, parecía extraño ver que aquellos tipos los utilizaban para mantenerlo fuera.

Acababan de acomodarse y habían colocado un tablero de ajedrez para entretenerse cuando la señal sonó otra vez. Nos atamos. Los marcianos prepararon sus ventosas.

Lenta y firmemente, la Upsydaisy empezó a girar sobre su eje longitudinal. El tablero y las piezas de ajedrez intentaron permanecer de pie, fallaron, se esparcieron por el suelo, por las paredes y por el techo. La atracción solar hacía que se pegaran al lado de la nave más cerca del Sol.

Vi los rasgos cansados y acalorados de Kli Morg mirando sombríamente un alfil negro cuando éste pasó a su lado, y supongo que en el interior de su casco estaba haciendo algunos comentarios dignos de la inventiva marciana.

—Tres horas y media —jadeó McNulty.

Aquella estimación de cuatro horas sólo podía significar dos horas de aproximación al límite absoluto y otras dos de retirada. Así que en el momento en que alcanzáramos las dos horas sería el instante en que estaríamos más cerca del horno solar, el momento de mayor peligro.

No fui consciente de aquel momento crítico, porque me desmayé veinte minutos antes. No merece la pena extenderme sobre el horror de ese momento. Creo que me volví un poco loco. Era un cerdo en una parrilla, al que estaban asando vivo. Es la única vez que he pensado en el Sol como un enorme bastardo brillante al que habría que extinguir de una vez por todas. Poco después, fui incapaz de pensar en nada.

Recobré el conocimiento y dolorosamente me revolví en mi cinturón noventa minutos después de pasar el punto medio. Mi mente aturdida tenía problemas para darse cuenta de que ahora sólo nos faltaba media hora para ponernos teóricamente a salvo.

Lo que había sucedido en el ínterin quedó en mi imaginación, y entonces no me molesté en averiguarlo. El Sol brillaba con una ferocidad muchos millones de veces superior a la del ojo de un tigre, cien mil veces más hambriento que nuestra sangre y nuestros huesos. Su corona flameante se extendía hacia la nave cargada de seres medio muertos, aprisionados en un recipiente de acero.

Y delante de la nave, tras sus portillas de observación de cuarzo, totalmente inadecuadas, Jay Score sentado solo, enfrentado a aquel infierno desatado, mirando, mirando, mirando...

Me puse en pie y me tambaleé inseguro cayendo como un saco de patatas. La nave ya no estaba rotando y avanzaba normalmente. Lo que me hizo caer fue pura debilidad. Me sentía fatal.

Los marcianos ya se habían recuperado. Sabía que serían los primeros. Uno de ellos me levantó y me agarró con firmeza mientras recuperaba una porción de mi antiguo control. Advertí que otro de ellos estaba inclinado sobre el inconsciente McNulty y tres de los pasajeros. Sí, los protegía del calor y fueron los siguientes en volver a la vida.

Me dirigí al intercomunicador y lo conecté, pero no conseguí respuesta de la proa. Durante tres minutos enteros me quedé colgado y atontado antes de intentarlo de nuevo. Nada sucedió. Jay no quería o no podía contestar.

Como soy un cabezota, hice otros cuantos intentos sin mejores resultados. El esfuerzo me hizo caer desplomado una vez más. El calor era aún terrible. Me sentía más deshidratado que una momia de un millón de años excavada de la arena.

Kli Yang abrió la puerta y se arrastró al exterior de la cámara con movimientos dolorosos. Su casco de aire estaba asegurado sobre sus hombros. Regresó cinco minutos más tarde y habló a través del diafragma de su casco.

—No pude acercarme a la sala de control de proa. Las autopuertas están cerradas a la mitad de los pasillos, la atmósfera es densa, y es como estar dentro de un horno —miró a su alrededor, encontró mis ojos y contestó a mi muda pregunta—. No hay aire en la proa.

El que no hubiera aire significaba que las portillas de observación habían estallado. Ninguna otra cosa podría haber vaciado la sala de control. Bien, llevábamos instrumental para el trabajo y podríamos arreglar un poco los daños en cuanto pudiéramos. Mientras tanto, aquí estábamos, lanzados hacia adelante, tal vez siguiendo un curso correcto o tal vez no, con una sala de control vacía y sin aire, y con un sistema intercomunicador que no ofrecía más que un silencio espectral.

Nos sentamos y recuperamos fuerzas. El último en salir de su coma fue el ingeniero herido. Sam lo había cuidado. Fue entonces cuando McNulty se secó el sudor y mostró una repentina excitación.

—Cuatro horas, caballeros —dijo, con sombría satisfacción—. ¡Lo hemos conseguido!

Todos lanzamos un hurra vacío. ¡Por Júpiter!, la atmósfera súper caldeada pareció hacerse diez grados más fría con la noticia. Es extraño cómo el alivio de la tensión puede dar energía; en unos minutos habíamos recuperado nuestra antigua fuerza y estábamos preparados para partir. Pero aún tuvieron que pasar otras cuatro horas antes de que un cuarteto de ingenieros, ataviados con trajes espaciales, penetrara en el infierno que teníamos por delante, y trajeran su carga de la sala de control sin aire.

Lo llevaron al departamento de Sam. Era una figura grande, pesada y silenciosa con la cara negra por las quemaduras.

Torpemente, me acerqué a él y le dije:

—Jay, Jay, ¿cómo te encuentras?

Tuvo que oírme, pues movió los dedos de la mano derecha y emitió un sonido lastimero. Dos de los ingenieros fueron a su camarote y trajeron su enorme maleta de cuero. Cerraron la puerta con Sam y nos dejaron a los marcianos y a mí fuera. Kli Yang recorría el pasillo de arriba abajo, como si no supiera qué hacer con sus tentáculos.

Sam salió más de una hora después. Nos pusimos en pie de un salto.

—¿Cómo está Jay?

—Ciego como una estatua —sacudió su cabeza rizada—. Y no tiene voz. Ha recibido una paliza terrible.

—Por eso no pudo contestar por el intercomunicador —le miré directamente a los ojos—. ¿Puedes... puedes hacer algo por él, Sam?

—Ojalá pudiera. —Su cara seria reflejaba sus sentimientos—. Sabes lo mucho que me gustaría ayudarlo. Pero no puedo. —Hizo un gesto de abandono—. Está por encima de mis modestas habilidades. Solamente Johannsen puede ayudarlo. Tal vez cuando regresemos a la Tierra...

Su voz se apagó y regresó a su cámara.

—Me siento triste —dijo Kli Yang miserablemente.

Una escena que no olvidaré hasta el día de mi muerte fue la que ocurrió aquella noche que pasamos como invitados del Astro Club de Nueva York. Ese club era entonces (como lo es hoy) el grupo más elitista de seres humanos que jamás se ha congregado. Para ser aceptado como miembro uno tiene que hacer un milagro en una emergencia a bordo de una astronave. En aquellos días sólo había nueve miembros y hoy sólo hay doce.

Mace Waldron, el famoso piloto que salvó al navío marciano en el 2263, era el presidente. Estaba a la cabecera de la mesa con Jay Score sentado a su lado. Al otro extremo se encontraba McNulty, con una amplia sonrisa de satisfacción en su cara regordeta. Junto al patrón estaba el viejo y canoso Knud Johannsen, el genio que diseñó la serie J y un científico conocido por todos los hombres del espacio.

A los lados, manifiestamente orgullosa, estaba sentada toda la tripulación de la Upsydaisy, incluyendo los marcianos, más tres de nuestros pasajeros que habían pospuesto sus viajes para esta ocasión. También había un par de audioperiodistas con cámaras y micrófonos.

—Caballeros y vedras —dijo Mace Waldron—, éste es un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad, un hecho que nunca había sido pensado ni imaginado en este club. Por eso, siento que es doblemente un honor y un privilegio proponer que Jay Score, piloto de emergencia, sea aceptado como miembro plenamente cualificado y digno del Astro Club.

—¡Secundo la propuesta! —gritaron tres miembros simultáneamente.

—Gracias, caballeros —alzó una ceja inquisitivamente. Ocho manos se alzaron al unísono—. Aceptado por unanimidad.

Mirando al taciturno e inmóvil Jay Score, empezó a pronunciar un elogioso discurso. Continuó y continuó, lleno de aprecio y superlativos, mientras Jay permanecía sentado a su lado con aire indiferente.

Al otro lado de la mesa, vi que la sonrisa de satisfacción de McNulty se hacía más y más grande. Junto a él, el viejo Knud miraba a Jay con un cariño paternal que rozaba la fatuidad. La tripulación prestaba igualmente su atención al impertérito sujeto de la charla, y las cámaras estaban también fijas en él.

Volví mi atención y vi a la víctima sentada allí, con sus ojos restaurados brillantes y relucientes, pero con la cara completamente inmóvil a pesar del discurso, la publicidad y el brillo de orgullo paternal a cargo de Johannsen.

Pero después de diez minutos, vi que J.20 empezaba a ruborizarse con obvio embarazo.

¡No permitan que nadie les diga que los robots no tienen sentimientos!